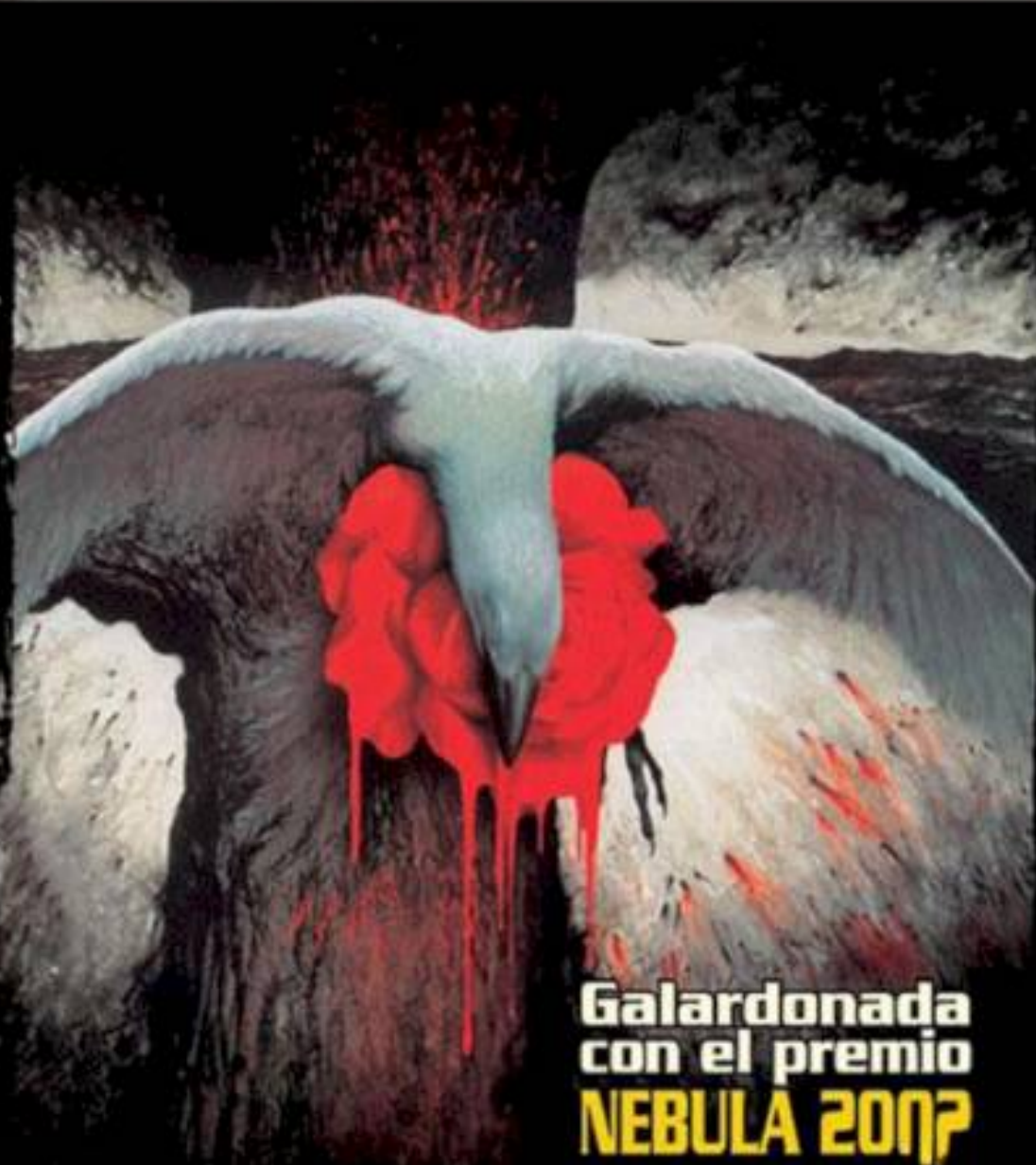


"Una joya. Hace pensar, entretiene y es muy divertida".

Catherine Asaro
Rosa Cuántica



**Galardonada
con el premio
NEBULA 2007**

Rosa Cuántica es la historia de Kamoj Argali, la joven gobernante de una provincia empobrecida en un planeta abandonado. Para impedir que su pueblo muera de hambre, ha accedido a contraer matrimonio con Jax Ponteferro, señor de una próspera provincia vecina. Pero antes de que puedan casarse, Kamoj se ve obligada a unirse a un misterioso extraño de un planeta distante, lo que sume su mundo en un caos completo.

*Este libro está dedicado a tres personas excepcionales:
los científicos, profesores y modelos de comportamiento
que me enseñaron teoría cuántica.*

*Alex Dalgarno
Erick Sëller
Kate Kirby*

Agradecimientos

Me gustaría expresar mi gratitud a todos los lectores que me han ofrecido sus sugerencias para Rosa Cuántica. Sus comentarios me han sido de gran ayuda para escribir el libro. Los errores que puedan quedar son del todo míos.

A Jeri Smith-Ready y Binnie Syril Braunstein por sus cuidadosas lecturas. A Damon Knight por sus valiosas sugerencias sobre GENio; al Dr. Lee Cafferty por sus consejos sobre cuestiones médicas; al Dr. Richard Drachman de la NASA por revisar el ensayo; a todos los escritores que criticaron diversas escenas: al Grupo de Redacción de Aly, incluidas Aly Parsons, Simcha Kuritzky, Connie Warner, Al Carroll, Paula Jordon, Michael La Violette, George Williams y J. G. Huckenpöler; a Escritores Independientes de Washington, incluidos Francis y Norm Miller, Martha Midgette, Les he Haag y Leslie Cohen; a la «clase» de Ruth, incluidas Ruth Glick (Rebecca York), Randy DuFresne (Elizabeth Ashtree) y Cassie West; y a todas las personas que respondieron a mis preguntas sobre el GENio SFRT4.

Un agradecimiento especial para mis editores, Jim Mintz y David Hartwill, por su excelente intuición y sus magníficas sugerencias; a Tom Doherty y a Mary Louise Mooney y a todo el cualificado personal de Tor y St. Martin Press, que hicieron posible este libro; a mi muy querida agente, Eleanor Wood, de la Agencia Literaria Spectrum; y a Nancy Berland y sus socios por su entusiasmo y su trabajo.

Y gracias de todo corazón a las luces brillantes de mi vida, mi marido, John Kendall Caninizzo, y mi hija, Cathy, cuyo amor y apoyo constantes hacen que todo esto merezca la pena.

1

Ponteferro

Primer canal de dispersión

Kamoj Quanta Argali, gobernadora de la Provincia de Argali, atravesó las aguas y emergió a la superficie del río. Embelesada por la belleza del día, alzó la cabeza hacia el cielo violeta. El diminuto disco de Jul, el sol, brillaba tanto que no se atrevía ni a acercarle la mirada. El firmamento se había llenado de los reflejos trémulos de cortinas de luz verde y dorada, una aurora que aún resultaba visible al caer la tarde.

Dylu, su guardaespaldas, esperaba en la ribera, vigilando el área. El verdadero nombre de Dylu era una maraña de palabras en la antiquísima lengua iotaca, que los eruditos pronunciaban como *diodo emisor de luz*. Nadie sabía lo que significaba, de modo que todos la llamaban Dylu.

Kamoj sintió un hormigueo de inquietud. Avanzó desliziéndose por las aguas, mientras su cabello se enortijaba alrededor de su cuerpo, abrazaba su esbelto talle y lo soltaba a continuación. Tenía los ojos negros, como la mayoría de los habitantes de la provincia de Argali, aunque los suyos eran más grandes de lo habitual, con largas pestañas sobre las que ahora brillaban como estrellas las gotitas de agua.

Nada parecía ir mal. Unos juncos tan rojos como ciruelas glaucas se mecían en la ribera y los lagartos de seis patas

se escabullían entre ellas, como destellos azules y verdes entre los tallos. Unos pocos pasos detrás de Dylu, se extendía el bosque prismático. Río arriba, en el norte distante, los picos de las Montañas de Cuarzo Rosa flotaban como nubes en la neblina. Se deslizó hasta la otra orilla pero tampoco allí parecía haber nada raro. Las colinas estaban cubiertas por una alfombra de musgo interrumpida por peñascos retorcidos que afloraban como los nudillos de un gigante enterrado.

Lo que sentía no era exactamente inquietud, sino más bien una especie de impaciencia atribulada. Sabía que hubiera debido sentirse culpable por estar nadando allí pero era difícil hacerlo en un día tan hermoso. La tarde bullía de vida, dorada y fresca.

Kamoj suspiró. Por mucho que estuviese disfrutando de las aguas y por muy estimulante que fuese el frescor del agua y el aire, tenía que tener en cuenta su posición como gobernadora. Nadar desnuda, incluso en una zona aislada como aquella, no resultaba demasiado digno. Se deslizó hasta la orilla y empezó a salir del agua, mientras los juncos le azotaban la piel.

Su guardaespaldas continuaba vigilando la zona. De repente, se puso tensa, con la mirada en el otro lado del río. Echó la mano atrás, en busca del arco de bolas que llevaba a la espalda.

Intrigada, Kamoj volvió la cabeza hacia allí. Un puñado de ciervos cristazures había aparecido desde detrás de una loma situada al otro lado del río y cada animal llevaba un jinete sobre el alargado lomo. Los rayos de sol se astillaban sobre las verdes escamas que cubrían a los ciervos. Los animales se erguían en calma sobre sus seis patas, sin patear el suelo ni extender las pezuñas en el aire. Con las iridiscuentes cornamentas extendidas a ambos lados de la cabeza, resplandecían bajo el sol teñido de azul del atardecer.

Los jinetes la estaban observando.

Dulce Airys, pensó Kamoj, mortificada. Corrió colina arriba hasta el lugar en el que había dejado su ropa, junto a Dylu. Su guardaespaldas estaba sacando una bola del tamaño de su puño de una bolsa que colgaba de su cinturón. Con un ademán brusco la introdujo en el émbolo de la ballesta, que se introdujo con un movimiento deslizante en un cilindro plegable. Sin apartar la mirada de los recién llegados, preparó el arma.

Por supuesto, allí en Argali la presencia de Dylu era más una muestra del rango de Kamoj que señal de que se esperase verdadero peligro. De hecho, ninguno de los silenciosos jinetes sacó su arco. Más que nada, parecían intrigados. Uno de los más jóvenes sonrió a Kamoj y sus dientes despidieron blancos destellos bajo la luz del atardecer.

—No puedo creerlo —musitó Kamoj. Se detuvo detrás de Dylu y recogió su ropa. Mientras se ponía la camisa por la cabeza, añadió—. *Eshavyrlostelar*.

—¿Qué? —dijo Dylu.

Kamoj cimbreado el cuerpo para que la suave y gris tela de la camisa se deslizara cuanto antes sobre él. Dylu permanecía delante de ella, con las manos preparadas para disparar. La gobernadora había contado cinco jinetes al otro lado del río, ataviados todos con pantalones color cobre y camisas azules y con cinturones decorados con plumas de quetzales de cola azul.

Uno de los hombres sacaba una cabeza a los demás. Ancho de hombros y de piernas largas, llevaba una capa azul medianoche cuya capucha le tapaba la cara. Su ciervo levantó las dos patas delanteras y corcoveó. Sus cascos bifurcados resplandecieron como el cristal, aunque eran de un material más duro y duradero, parecido al cuerno. El hombre ignoró sus inquietos movimientos y mantuvo la encapuchada cabeza vuelta en dirección a Kamoj.

—Ese es *Havyrl Leostelar* —repitió Kamoj mientras se ponía los pantalones grises—. El que monta el *crisazur grande*.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Dylu—. Lleva la cara tapada.

—¿Quién más podría ser tan alto? Además, los jinetes llevan los colores de Leostelar. —Kamoj observó mientras el grupo desaparecía al trote entre las colinas verdes y azules—. ¡Ja! Los has asustado.

—¿Una contra cinco? Lo dudo. —Dylu le dirigió una mirada seca—. Lo más probable es que se hayan marchado porque el espectáculo ha terminado.

Kamoj arrugó el rostro. Esperaba que su tío no se enterara. Siendo como era el único hombre asociado de Argali, Maxard Argali había gobernado la provincia en nombre de Kamoj durante la juventud de esta. En los años transcurridos desde que había alcanzado la mayoría de edad, Kamoj se había cargado sobre los hombros la responsabilidad de dirigir a su pueblo y su provincia. Pero Maxard, su único pariente vivo, había seguido siendo un valioso consejero.

Sin embargo, los hombres de Leostelar eran los únicos que podrían revelar su indiscreción y no solían visitar la ciudad. Leostelar había «alquilado» el Palacio de Cuarzo de las montañas hacía más de cien días y en todo ese tiempo nadie que ella conociera había visto su rostro. Para qué podía querer un palacio en ruinas era algo que a ella se le escapaba, dado que rehusaba recibir visitas. Cuando sus emisarios habían venido a solicitarlo, la idea de que un extraño se instalara en la honrosa, bien que derruida morada de sus ancestros, les había dejado consternados a Maxard y a ella. Kamoj aún recordaba cómo le había ardido el rostro mientras escuchaba de labios de aquellos hombres la «petición» de su amo.

Sin embargo, no había manera de rehusar el «alquiler» que la gente de Leostelar había traído. La ley era muy clara: Maxard y ella tenían que mejorar la oferta o inclinarse ante él. La empobrecida Argali nunca hubiera podido igualar aquella riqueza: palas y leznas hechas de metales de calidad, pilas de leña, campanillas de brida hechas de oro,

miel de rocío y melaza, puerros secos, trigo candeal, trice-reales y harina de juncos que se escurría entre los dedos como polvo de rubí.

De modo que ella había cedido mientras un indignado Maxard exigía que se pagara una renta del mismo valor cada cinco años. Era una demanda tan escandalosa que todo Argali había temido que Leostelar enviaría a sus soldados para «negociar».

En vez de hacerlo, el encapuchado desconocido había accedido a pagar.

Con Dylu a su lado, Kamoj entró en el bosque. Mientras caminaba entre los árboles con el musgo bajo los pies desnudos, lo precario de su posición se le hizo aún más patente. ¿Por qué había ido aquel hombre hasta allí? ¿Es que estaba también interesado en sus tierras? Había utilizado el alquiler para comprar maquinaria y herramientas para las granjas de Argali. Por mucho que le molestase depender de un extraño, lo prefería a ver cómo se moría su pueblo de hambre. Pero no podría soportar que le arrebatara nada más, y mucho menos aquel bosque que tanto amaba. De modo que tendría que investigar sus actividades y ver lo que podía averiguar.

La belleza del bosque contribuyó a apaciguar su preocupación. Los troncos de los árboles estaban cubiertos por retazos de musgo y a su alrededor se mecían los helechos de sombra. Por todas partes se veían las trepadoras de Argali, hinchidas con las flores de rosado rubor que le daban su nombre a su hogar. Argali. En iotaca quería decir «rosa trepadora».

Al menos, la mayoría de los eruditos lo traducían así. Había un individuo que se empeñaba en que significaba *resonancia*. También afirmaba que pronunciaban mal el segundo nombre de Kamoj, Quanta, una palabra iotaca sin traducción conocida. El nombre Kamoj provenía de la palabra iotaca que significaba *ligada*, de modo que si ese excéntrico erudito estaba en lo cierto, su nombre significaba *Reso-*

nancia Cuántica Ligada. Sonrió al pensar lo absurdo que resultaba. Rosa tenía mucho más sentido, por supuesto.

La vital pujanza del bosque otoñal le ponía de buen humor. Camuflados entre las flores, los camaleones hinchaban sus sacos rojizos. Una brisa agitada dejó pasar un rayo de sol entre el follaje, que hizo centellear la corteza de los troncos y las finísimas hojas de los árboles. Entonces el rayo se desvaneció y el bosque volvió a sumirse en las sombras violetas del crepúsculo. Pasó un corniciélago batiendo furiosamente las alas. Cayó sobre un camaleón y le clavó el afilado pico en el saco. Mientras la membrana reventaba con una bocanada de aire, el camaleón escapó escabulléndose entre la maleza y el corniciélago salió volando, como una exhalación y con un palmo de narices.

Un polvillo de escamas le cayó a Kamoj en el brazo. Se preguntó por qué la gente no tendría escamas. Esa inconsistencia la había intrigado desde su infancia. Casi todo cuanto había en Balumil, su mundo, las tenía. Las raíces de los árboles, cubiertas de escamas e hinchadas de humedad, recorrían los suelos. Los árboles crecían con lentitud, convertían el agua en energía acumulada que podrían utilizar durante las prolongadas sequías estivales y las interminables nevadas del invierno. A diferencia de las personas, que luchaban por sobrevivir durante todo el penoso año, las plantas estacionales solo crecían en la suavidad de la primavera y el otoño. Sus grandes raíces cubiertas de escamas yacían aletargadas hasta que el clima era de su agrado.

Los pensamientos de Kamoj se llenaron de tristeza. Ojalá su pueblo estuviera tan bien adaptado para la supervivencia. Cada Año Largo luchaban por rehacer su población después de que el interminable invierno la hubiese diezmando. El pasado invierno habían perdido más de los habituales a causa de las ventiscas y las brutales heladas.

También a sus padres.

Aun después de tanto tiempo, la pérdida seguía atormentándola. Apenas era una niña cuando Maxard, el hermano de su madre, y ella misma se habían convertido en herederos de los restos empobrecidos de una provincia que antaño había sido orgullosa.

¿Ha venido Leostelar a quitarnos lo poco que nos queda? Miró de soslayo a su guardaespaldas mientras se preguntaba si compartiría sus preocupaciones. Dylu, una mujer alta y fibrosa, poseía los ojos y el pelo negros que eran típicos de Argali. Allí entre las sombras, las grietas verticales de sus pupilas se abrían hasta llenar casi por completo su iris. Llevaba las botas de Kamoj colgadas del cinturón por los cordones. Habían estado caminando en un silencio confortable.

—¿Conoces a las maiceras que trabajan en la cocina? —preguntó Kamoj.

Dylu dejó de vigilar el bosque un momento y le sonrió.

—¿Te refieres a las tres niñas? ¿Las que te llegan a la altura del codo?

—Esas mismas. —Kamoj rio entre dientes mientras pensaba en la luminosa energía de las chicas y las historias fantásticas que solían contar—. Me han contado con toda solemnidad que Havyrl Leostelar llegó aquí en un barco maldito que los vientos impulsaban por el firmamento y que no puede regresar a su hogar porque es tan odioso que los elementos se niegan a dejar que vuelva a levar anclas. —Su sonrisa se desvaneció—. ¿De dónde vienen estas historias? Aparentemente la mayoría de Argali las cree. Dicen que su edad se cuenta por siglos y que tiene una cara de metal tan horrible que provoca pesadillas.

La mayor de las dos mujeres habló con voz calmada.

—Las leyendas tienen a menudo sus raíces en la verdad. No es que sea un ser sobrenatural pero su comportamiento hace que la gente lo tema.

Kamoj había oído demasiadas historias sobre el comportamiento errático de Leostelar como para desecharlas

sin más. Desde que llegara a Argali, ella misma lo había visto varias veces, en la lejanía, cabalgando como un poseso. Cuando recorría la tierra de aquel modo salvaje parecía un loco.

Dylu la observó y habló con tono más frívolo.

—Bueno, ya sabes, con esas maiceras no se puede estar segura. Una vez trataron de convencerme de que Argali está maldito. Creen que por eso se han apagado todos los paneles de luz.

Kamoj soltó una risilla, aliviada por la oportunidad de cambiar de tema.

—A mí también me lo dijeron. Pero no fueron demasiado concretas sobre el responsable o la razón. —La leyenda aseguraba que en el pasado todas las casas de las Tierras Septentrionales habían tenido paneles de luz. Pero eso había sido siglos atrás, o incluso más en el caso de las Islas Celestes del Norte, donde la Corriente se había extinguido hacía miles de años. La única razón por la que un panel de luz funcionaba en Casa Argali, el hogar de Kamoj, era que sus padres habían encontrado unos pocos cables de fibra óptica intacta en las ruinas del Palacio de Cuarzo.

El panel la intrigaba en la misma medida en que la desconcertaba. Estaba unido a unos cables que ascendían por el interior de las paredes hasta los pocos cuadrados solares que quedaban en el tejado. Nadie comprendía el panel pero Fibca, el marido de Dylu, podía hacer que funcionase. No sabía cómo, ni podía reparar los componentes dañados, pero cuando se le daban las piezas en buen estado tenía una asombrosa capacidad para hacerlas encajar en los paneles.

—¡Ay! —Kamoj se encogió al pisar una ramita. Levantó la pierna y vio que se le había clavado entre los dedos y que la herida estaba sangrando.

—Una buena razón para ponerte los zapatos —dijo Dylu.

—Bah. —A Kamoj le encantaba caminar descalza pero la verdad era que tenía sus desventajas.

Un rumor que había estado tratando de desperezar su consciencia se hizo sentir al fin lo suficiente como para obligarla a prestar atención.

—Son ciervos cristazures.

Dylu ladeó la cabeza.

—De camino a Argali.

Kamoj sonrió.

—Vamos. Echemos un vistazo. —Hizo ademán de empezar a correr y al instante se apoyó sobre el pie sano y siguió caminando con una leve cojera. Al llegar al camino se escondieron detrás de los árboles, mientras escuchaban la trápala de los cascos.

—Me apuesto algo a que es Leostelar —dijo Kamoj.

—Demasiado ruido para solo cinco jinetes —dijo Dylu.

Kamoj le dirigió una mirada de complicidad.

—Entonces son bandidos que huyen. ¡Deberíamos cogerlos!

—¿Y por qué —inquirió Dylu— iban unos maleantes a huir por un camino que se dirige directamente a la sede de la autoridad central de la provincia, hmmm?

Kamoj rio.

—No seas tan picajosa.

Dylu seguía sin parecer preocupada. Pero a pesar de todo sacó una bola y preparó el arco.

Camino adelante, los primeros ciervos aparecieron tras el recodo. Sus jinetes formaban una estampa espléndida. Los hombres vestían cota de discos, una armadura ceremonial, demasiado blanda para el campo de batalla y destinada a impresionar. Las capas que formaban los chalecos, hechas de discos aplastados, estaban dispuestas para formar una vestimenta hermética. Por supuesto, nunca lo eran del todo. Kamoj ignoraba por qué iba nadie a querer una malla hermética, pero la tradición decía que debía ser así, de modo que así era como las construían.

En raras ocasiones, los jinetes llevaban también pantalones y capucha de malla. Algunas ilustraciones antiquísimas mostraban incluso trajes que cubrían el cuerpo entero, con guanteletes, botas altas y una cubierta transparente para el rostro. Kamoj pensaba que la cubierta facial debía de ser un adorno. No veía razón alguna para ella.

Los jinetes de su tío resplandecían aquel día. Bajo los chalecos llevaban camisas de manga acampanada tan doradas como el trigo. Los pantalones dorados de montar se introducían en el interior de unas botas cuyos bordes lucían plumas de quetzal de cola verde. Las riendas estaban decoradas con enmarañadas serpentinas de color rojo y oro y los ciervos cristazures hacían sonar las campanillas de las bridas al galopar. La luz del sol inundaba el camino y levantaba chispas al aire polvoriento.

Dylu sonrió.

—El séquito de tu tío tiene un aspecto espléndido.

Kamoj no sonrió. Normalmente disfrutaba contemplando el paso de la guardia de honor de Maxard, en especial por el orgullo que le inspiraban aquellos jinetes, la mayoría de los cuales conocía desde niña. Servían bien a Maxard. Su espíritu afable conseguía que todo el mundo lo apreciase, razón por la cual una opulenta comerciante de las Islas Celestes del Norte le hacía la corte a pesar de no poseer más que una pequeña compañía. Sin embargo, aquel día no se encontraba con su guardia de honor. Los había enviado a Ponteferro unos pocos días atrás y ahora regresaban con un invitado de honor... Alguien a quien Kamoj no sentía deseos de ver.

El primero de los jinetes estaba pasando junto a su escondite. Los cascos bifurcados de su montura levantaban una nube de escamas del camino. Ella lo reconoció. Gallium Solares. Se animó al verlo. Un hombre grande y fornido de rostro amigable que trabajaba con su hermano Fibca en un taller solar, fabricando cacharros que funcionaban con luz, como el molino para la pimienta impulsado por es-

pejos que había inventado Fibca. A Gallium también le encantaba exhibirse en las pruebas de esgrima de los festivales. De modo que cuando Maxard necesitó una guardia de honor, se convirtió en un jinete de ciervo.

Camino adelante aparecieron más jinetes. Estos vestían mallas negras con camisas de color púrpura oscuro y pantalones y botas negras ribeteadas de piel plateada. Jax Ponteferro, gobernador de la Provincia de Ponteferro, cabalgaba en el centro. Musculoso y de piernas largas, más alto que los demás jinetes, poseía un rostro hermoso y fuerte, como cincelado en granito. Su negro cabello estaba vetado de plata. Cabalgaba a lomos de Neblante, un enorme ciervo cristazur de cornamenta altísima y escamas del color de las nieblas opalinas que flotaban sobre las montañas septentrionales.

El gozo que el día había proporcionado hasta entonces a Kamoj se esfumó. Sin abandonar su escondite, le dio la espalda al camino. Se apoyó contra el árbol con los brazos cruzados y extravió la mirada en el bosque mientras esperaba a que los jinetes pasaran.

Un cuerno de caza sonó tras ella, con fuerza creciente en el aire. Dio un respingo y, acto seguido, giró sobre sus talones. Aparentemente, no estaba tan bien escondida como había pensado; Jax se había detenido y la estaba mirando, con la empuñadura curva del cuerno en una mano.

Kamoj se ruborizó, consciente de que lo había ofendido al tratar de esconderse. Su enlace con Jax llevaba concertado desde que era una niña. Él poseía la mayor corporación de las provincias septentrionales, formadas por Argali, las Islas Celestiales del Norte y Ponteferro. La traducción exacta de la palabra iotaca *corporación* era objeto de numerosos debates: a falta de una interpretación mejor, la mayoría de los estudiosos asumía que significaba el patrimonio de un hombre, las propiedades y riquezas que aportaba al matrimonio. Una corporación tan grande como la de Jax se convertía en una herramienta política, sujeta a la misma ley